

Alfredo R. Bufano

L a u d e s

D e

Cristo Rey



Buenos Aires

1933

LIBROS DE ALFREDO R. BUFANO

POESÍA

1917.	<i>El Viajero Indeciso</i>	Agotado
1919.	<i>Canciones de mi casa</i> . Premiado por la Municipalidad de Buenos Aires	"
1920.	<i>Misa de Réquiem</i> . Segunda edición	"
1921.	<i>Antología</i>	"
1922.	<i>Poemas de Provincia</i>	"
1923.	<i>El Huerto de los Olivos</i>	"
1925.	<i>Poemas de Cuyo</i>	"
1927.	<i>Tierra de Huarpes</i>	"
1928.	<i>Poemas de la Nieve</i>	"
1929.	<i>El Reino Alucinante</i>	En venta
1930.	<i>Valle de la Soledad</i> . Primer premio de las provincias de Cuyo	"
1932.	<i>Romancero</i>	"
1933.	<i>Laudes de Cristo Rey</i>	"

PROSA

1926.	<i>Aconcagua</i> . Crónicas de viajes por la Cordillera de los Andes	En venta
1930.	<i>Open Door</i> . Cuentos	"
1933.	<i>Místicos italianos de la Edad Media</i> . Conferencia pronunciada en el Instituto Social de la Universidad Nacional del Litoral, el 8 de setiembre de 1932. Ed. de la Universidad ..	"

Alfredo R. Bufano

L a u d e s
D e
Cristo Rey



Buenos Aires

1933

*Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

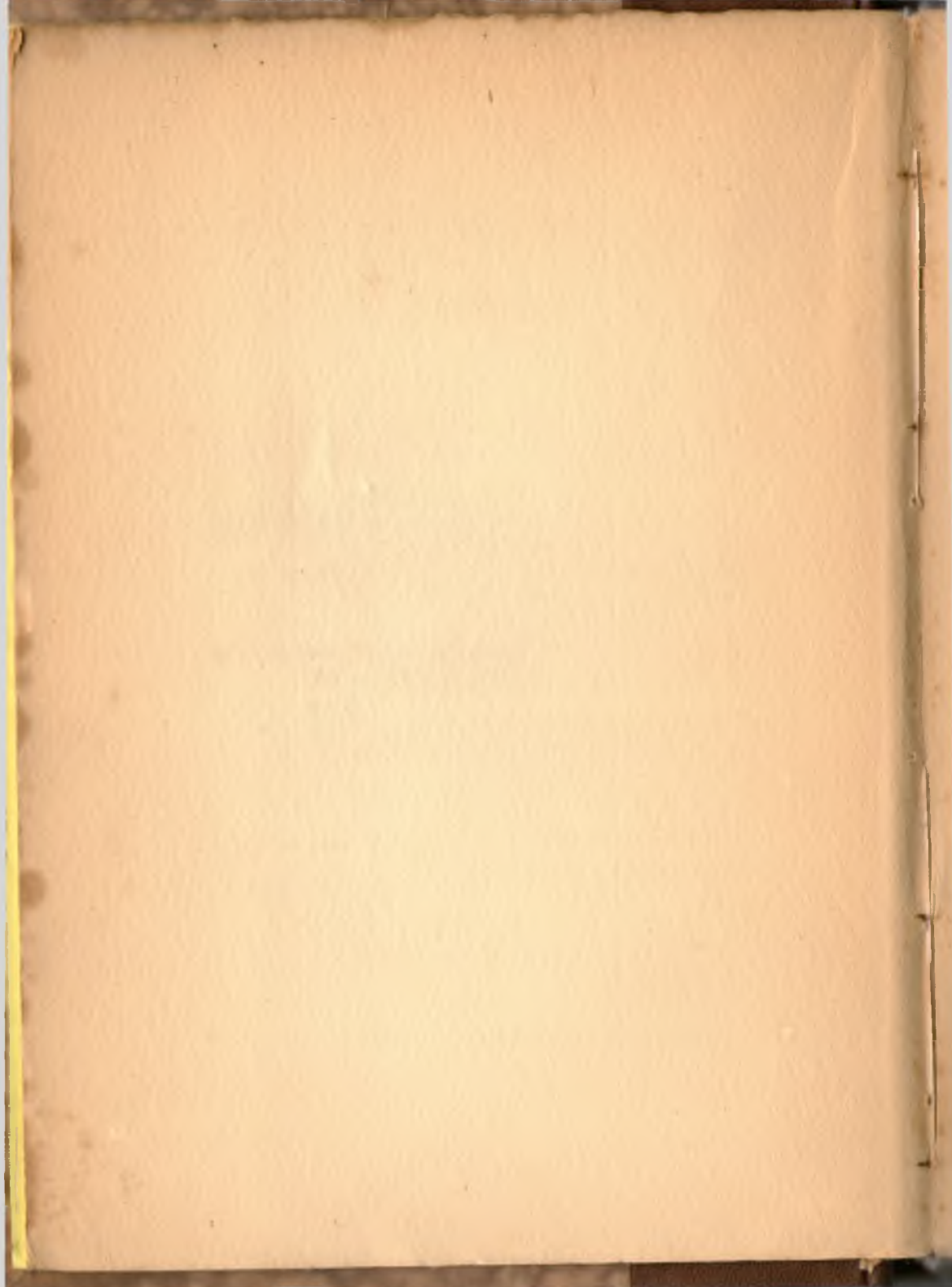
Printed in Argentine by Mercatali Brothers, Buenos Aires.

*Quemadmodum desiderat cervus ad
fontes aquarum: ita desiderat anima
mea ad te Deus.*

SALM. XLI.

*Incola ego sum in terra: non abs-
condas a me mandata tua.*

SALM. CXVIII.



LAUDE I

Hoy que el hombre, Señor, tu Cruz olvida,
yo desnudo y de hinojos te confieso;
y los ensangrentados lirios beso
de tus pies, Dios y Rey de toda vida.

Hoy que sangras, Señor, por nueva herida,
yo, el peor de los hombres, lloro y rezo.
¡Señor: es necesario tu regreso,
si bien nunca emprendiste la partida!

Yo te canto, te espero y me glorío
en tí, Verbo hecho luz, Hijo del hombre
que llenas todo el pensamiento mío.

¡Qué importa que mi voz apague el viento!
¡Si tierra, cielo y mar claman tu nombre
en un gran himno de sometimiento!

LAUDE II

PASTOR, único aprisco, albo Cordero,
alma del mundo, luminoso río;
cumbre inefable y mínimo rocío,
Rey el más fuerte y manso pordiosero.

Tú la flor y la espina, tú el romero,
la nieve pura y el dorado estío;
tú la brizna fugaz y el mar bravío,
tú el coral, el guijarro y el lucero.

Tú el coro astral y el caracol sonoro,
el pájaro, la oruga, el cielo amado,
la nube blanda y el divino Toro.

¿Cómo si en tanta gloria yo te he hallado,
no he de tenerte como un dardo de oro
dentro de mí, Señor, siempre clavado?

LAUDE III

LEGO a tí, mi Señor, triste y dolido,
y aun más que dolorido avergonzado.
Tu palabra de amor no me ha salvado
porque yo, pecador, no lo he querido.

Fuerza me falta y fáltame sentido
que encauce al torvo río desbordado.
Pude hacerlo a tu sombra, y lo he olvidado,
porque, réprobo al fin, no te he seguido.

Y el pecado está en mí, Dios clamoroso,
como en la selva el áspid venenoso
pronto a matar con invisible herida.

Sé que pierdo mi dicha perdurable.
¡Pero vuelvo a pecar, Dios inmutable,
como vuelve el chacal a su guarida!

LAUDE IV

RAZÓN de amor es la que a tí me lleva,
y no el miedo, Señor, de tu castigo.
Tú estás en mi alma, y mi alma está contigo,
y en tí mi amor por tu alma se renueva.

Mi corazón, Dios mío, en tí se abreva,
y por ello, aun sediento, te bendigo.
¡Soy, mi Señor, un pálido mendigo
que en tu dolor y en tu humildad se prueba!

Te amo porque he nacido para amarte
con infantiles ojos asombrados,
luminosos tan sólo de mirarte.

Amo tus dulces manos olorosas,
amo tus ojos y tus pies llagados,
y tus heridas. ¡Oh celestes rosas!

LAUDE V

ENTRATE por las puertas de mi casa
e inúndala, Señor, de tu dulzura;
trueca mi hierba en rosas de ternura
y con la adelfa del pecado arrasa!

Haz que mi amor que en tu piedad se abrasa
se haga roca y diamante de luz pura;
haz, Señor, que tu clara donosura
sea en mí resplandor que nunca pasa.

He menester, Señor, de tu grandeza
y de tu dulce y fuerte poderío
para ahuyentar mi sombra y mi tristeza.

Desciende a mí, Dios Santo, hecho rocío,
y veré transformarse mi maleza
en nardos fieles para el llanto mío.

LAUDE VI

EL mejor de mis sueños fué, Dios mío,
ser bueno y puro como el agua mansa.
Puse en ello encendida mi esperanza
y aherrrojaba al nacer todo desvío.

Pero es mi vida tumultuoso río
que entre los siete espectros ronco avanza,
y es tal su fuerza que mi amor no alcanza
a contenerlo en su rodar bravío.

Sólo tú, navegante luminoso,
puedes cambiar el rumbo del torrente
con sólo alzar tu dedo milagroso.

Ya lo hiciste una vez, ¡oh Dios clemente!;
y el áspid que me ahogaba cauteloso
se hizo rosa de luz sobre mi frente.

LAUDE VII

SENOR, tú sabes el afán profundo
que puse en ser el hombre sin pecado.
A tí llegué de amor transfigurado
por los sensuales dédalos del mundo.

Llegué a tí, y por llegar, hice fecundo
de dulce paz mi corazón llagado.
¡Mírame ahora, todo atormentado,
vuelto a la mar de angustia en que me hundo!

¡Indigno soy, Señor, de que tu mano
vuelvas a darme! —¡Oh pálida azucena
que entre mis dedos deshojaste en vano!—

Déjame solo en donde yo he caído,
que así veré con desolada pena
la inefable ventura que he perdido.

LAUDE VIII

CELESTES, puras, luminosas, buenas,
¡oh tus manos, Señor, de amor henchidas!
Hasta de la impiedad de sus heridas
brotaron rutilantes azucenas.

Ellas, tan leves, con alzarse apenas
mueven mundos por rutas florecidas.
Ellas, del amor único nacidas,
hacen aves de luz y amansan hienas.

Cielos, montañas, selvas, ríos, llanos;
corales, musgos, pájaros, estrellas,
¡oh mi Señor!, nacieron de tus manos.

Tú que pueblas de luces los arcanos,
haz que mi corazón llegue hasta ellas
limpio de tierra y libre de gusanos.

LAUDE IX

PARÁFRASIS DEL SALMO OCTAVO

CUANDO miro los cielos que formaste,
las estrellas remotas y la luna,
y las bestias del campo que una a una
de la asolada tierra levantaste.

Cuando veo los ríos que soltaste
de la alta cumbre, y la cambiante duna,
la flor del agua y la amarilla tuna
y el bosque que de pájaros poblaste.

Cuando la verde música del alba
llega a mi alma contrita; cuando miro
el roble adusto y la encrespada malva,

doy a volar la fe que en mí se encierra,
y digo en jubiloso hondo suspiro:
¡Cuán grande eres, Señor, sobre la tierra!

LAUDE X

No el árbol seco ni el alud caído,
no el ciego cóndor ni la noche oscura,
no la selva incendiada, no la impura
palabra cruel ni el corazón roído.

No la estrella sin luz ni el roto nido,
no el agua envenenada ni la dura
hoja enemiga, no la voz perjura
ni del blasfemo el labio carcomido.

Nada de eso, Señor, como ^{mi} ~~el~~ estado;
nada de eso más cruento que la pena
de no haberte seguido y escuchado.

Pero si tú lo quieres, Dios amado,
puedes trocar el lodo en azucena.
¡Y un día, así, floreceré a tu lado!

LAUDE XI

Voces de oro y lenguas de diamante
para loarte mi canción implora;
no mi lengua de hombre destructora
ni mi voz pecadora y claudicante.

Ave gentil o río resonante,
brisa de amor o nube voladora,
ola del mar o abeja que el sol dora,
alba celeste o lirio alucinante.

Todo es mejor que esta mí voz impía,
de la cual la blasfemia es triste parte;
todo es más noble que mi hipocresía.

El insecto y el líquen al loarte
son más honrados que la lengua mía
que ya es, Señor, dichosa con nombrarte.

LAUDE XII

LORAD, oh mares; sollozad, doncellas;
cerráos sobre mí, cielos queridos;
oh vientos, desatad vuestros gemidos;
ocultad, oh cándidas estrellas!

¡No hagáis ya miel, oh lúcidas abeyas;
vuestro azogue romped, lagos dormidos;
y si estáis, claros huertos, florecidos,
tornad de aroma y flor todas las huellas!

¡He perdido mi senda y mi ventura;
ciego estoy, sordo estoy y mal llagado
bajo la solitaria noche oscura!

¡Y al verme pecador y abandonado,
aves, estrellas, mares, rosa pura,
llorad conmigo si no habéis llorado!

LAUDE XIII

Amor quisiera como un triste leño
si tú, Señor, fueras la dulce llama;
ardor en tí, mi Dios, es lo que clama
mi corazón en su divino sueño.

Ardor en tí, Señor y claro dueño,
ardor en tí como una humilde rama;
en tí, de cuyo aroma se embalsama
mi amor, como de un cálido beleño.

Arder en tí, Dios Rey; hachón o pino
o tenue lucecilla temblorosa
en el cercano cielo vespertino.

Arder en tí, Señor, cual bosque inmenso;
arder en tí como una leve rosa
o blanda nube de tu mismo incienso.

LAUDE XIV

Y alabaré, Dios mío, tu grandeza
en la tierra, en las aguas y en el cielo;
en las guijas yacentes y en el vuelo
del trueno, y en el pan de nuestra mesa.

Alabaré, Dios mío, tu firmeza
en perdonar, y tu sangrante anhelo
de hacer que viva en nuestro indigno suelo
la rosa de tu amor y tu pureza.

Te alabaré en la bestia y en el hombre
en la estrella, en la roca y en el viento,
¡oh Dios!, con sólo pronunciar tu nombre.

Con sólo pronunciar tu nombre santo
te alabaré, Señor, en mi ardimiento.
¡No han menester tus glorias de otro canto!

LAUDE XV

¡Oh claro gozo mío de mirarte
en el agua, en la nube y en la rosa,
y en la húmeda tierra milagrosa
que la espiga, el ciprés y el lirio parte!

¡Oh dulce gozo mío de encontrarte
entre la hierbezuela luminosa,
multiplicada estrella temblorosa
que sobre el mundo en alba se reparte!

¡Oh gozo mío de encontrar tus huellas
lo mismo en la pupila honda del pozo
que en el ave fugaz y en las estrellas!

¡Oh gozo triste, oh torturado gozo
de ver, Dios y Señor, que aun destellas
en mi alma, en mi dolor y en mi sollozo.

LAUDE XVI

Mu llamaste a tu lado, ¡oh Dios benigno!,
con voz más suave que la miel más pura;
y sentí que en mi alma, selva oscura,
se abría el sol de tu celeste Signo.

Eché de mí lo vano y lo maligno
y fui para el pecado roca dura.
¡Pero caí de nuevo, y mi locura
me hace por lo que soy aún más indigno!

Cuando en las orbes tus clarines suenen
llamando a los que fueron, Dios amado,
y tus mundos de amor de ellos se llenen;

déjame a mí sobre la tierra inerte,
que es más castigo que la eterna muerte
la soledad eterna del pecado.

LAUDE XVII

UNCL mi amor a tu celeste yugo
de nubes hecho y de aromado viento.
¡Nunca, Señor, más ágil y contento
que al trabajarme como a tí te plugo!

Sabia a miel el áspero mendrugo
y era salmo de paz mi abatimiento.
¡Hoy sin tí, mi tortura y mi lamento
crecen, y en mi alma tengo a mi verdugo!

Señor; vuelve a enlazarme tu cadena,
que sin ella me siento más atado
y esta mi libertad es pura pena.

¡Que en cielo limpio y aire perfumado
batía yo, Señor, mi ala serena
cuando tú me tenías enjaulado!

LAUDE XVIII

¡QUÉ no diera, Señor, por recibirte
en mi dominical hora temprana,
puro yo cual la cándida mañana
que sólo se abre para bendecirte!

¡Qué no diera, Dios mío, por seguirte
limpio de toda vanidad mundana,
y en firme olor de beatitud anciana
alcanzarte otra vez sin afligirte!

Mas dicho está que mi doliente arcilla,
que al llegar tú a mi seno es nieve rosa,
con olvidarte apenas, se mancilla.

¡Haz de mi corazón huerto sellado,
y de mi alma una puerta venturosa
que no se abra después que hayas entrado.

LAUDE XIX

DULCES tus ojos míranme y severos,
juglar celeste y claro juez temido.
Hizo en ellos mi fe su primer nido
y en mi cielo interior son dos luceros.

Mis pesares, ¡oh pálidos viajeros!,
hallaron paz en su mirar dolido.
Y me vieron llorar arrepentido
más bondadosos cuanto más austeros.

En ellos, claros ríos redentores
mi angustia y mi protervia descansaron
como en blandos sarcófagos de flores.

En mi alcándara impía se posaron,
y mis lóbregos cuervos pecadores
en pájaros de amor se transformaron.

LAUDE XX

Señor, soy menos que estas flores puras;
menos que estas arenas relucientes;
menos que estas minúsculas corrientes
que horadan rocas, dulces y seguras.

Señor, soy menos que estas piedras duras
rotas en flor o en aguas transparentes,
y menos que los líquenes yacentes
bajo azuladas lenguas y frescuras.

Menos soy que los pájaros del monte,
menos que el aura leve y la mudable
nube, que es flor y pez del horizonte.

¡Menos soy que las hierbas del camino,
menos que la hojarasca deleznable,
símbolo, oh Dios, de todo mi destino.

LAUDE XXI

HAZ que yo torne en azulado loto
la amarga adelfa de mi vida amarga,
y que la negra sombra que me embarga
se trueque en cielo diáfano y remoto.

Haz que mi corazón pálido y roto
se cubra, ¡oh Rey!, con tu divina adarga,
y libbrelo tu mano de la carga
mortal de esta locura en que me agoto.

¡Rojos halcones sáquenme los ojos!
¡Vientos de fuego quémenme las manos!
¡Muerdan mis carnes áspides y abrojos!

Todo lo encontraré más blando y bueno
que esta legión siniestra de gusanos
que mancha mi vellón de broza y cieno.

LAUDE XXII

TORBAAS, adufes, címbalos, timbales,
crótalos, tamboriles y rabeles;
nardos, magnolias, lirios y claveles,
celestes aguas, robles musicales;

vientos del mundo, hierbas matinales,
peces del mar, altísimos joyeles,
madreselvas, olivos y laureles,
multicordes hayedos y encinales;

cantad conmigo en este claro día
en que vuelve el Señor a las alturas
después que muerte hallara su agonía.

Domingo de perdones y venturas.
¡Unid vuestras canciones a la mía,
voces del mundo, cándidas y puras!

LAUDE XXIII

¿QUIÉN estas flores de los montes cuida
sino tus dulces manos jardineras?

¿Quién abre las melosas montañas
y del cardón la purpurada herida?

¿Quién sino tú, Señor de faz dolida,
estas aguas desata, estas laderas
viste de airampos, estas bullangueras
aves protege, y da a estas piedras vida?

¿Quién de yaretas las colinas cubre
y hace que dé el barranco hierba leve?
¿Quién al hosco peñón transforma en ubre?

¿Quién sino tú, Cordero dulce y santo,
hace de mi alma un copo de alba nieve
sobre las hierbezuelas de mi canto?

LAUDE XXIV

NINGÚN dolor como este tan horrendo
de querer alcanzarte en vuelo puro,
y ver el cielo sobre mi alma, oscuro
por las mismas tinieblas que desprendo.

Ningún dolor, Dios mío, tan tremendo
ni un cilicio más áspero y más duro
que el saberme, Señor, hombre perjuro
que a precio infame paz y gloria vendo.

¡No abrasa tanto la más firme hoguera!
¡No abre herida peor el dardo alado
ni muerde así la víbora señera!

¡Nada es igual, Señor, a esta tortura
de ir hacia tí y caer todo enlodado
cuando más cerca estaba la ventura!

LAUDE XXV

NIEVE, rosa, vellón, cálida pluma
no son más suaves que tu amor, Dios mío;
ni es más buena que él la agua del río
aunque la sed, Dios santo, nos consuma.

No es más nevada la marina espuma
ni es más honda la estrella del rocío,
porque tu amor, en claro señorío,
vellón y rosa y agua y nieve suma.

En él —¡cándida luz!— he refugiado
después de tanta senda mal seguida,
mi corazón inútil y llorado.

Por no encontrarlo a tiempo, hallé la herida
que aún me sangra. Y cuando lo hube hallado,
hallé, Señor, la perdurable vida.

LAUDE XXVI

MONTES hay cuyas piedras son diamantes
porque tú lo quisiste, Dios precioso;
de aguas dulces colmaste el yermo pozo,
y el roquedo de trigos ondulantes.

De pródigas palmeras resonantes
cubriste el arenal, ¡oh tú, piadoso
Predicador!, trocaste el daño en gozo
y el pedrizal en cármes fragantes.

Topacios, esmeraldas, cornalinas
en las alas pusiste del insecto
y diste jerarquía a las espinas.

Troza tú, mi Señor, también mi venda;
arráncame del negro bosque abyecto
y haz de tu corazón mi única senda.

LAUDE XXVII

CIELO azul, alta estrella, agua dorada,
rosada aurora, leve golondrina,
flores del mundo, blanda nieve fina,
luciérnagas; del árbol sombra amada.

Guijarro, brizna, hierba perfumada,
lirio silvestre, nube peregrina,
puro diamante, roja cornalina;
tú, corderillo, y tú, luna sagrada.

Prestadme todos vuestra donosura,
prestadme todos vuestra jerarquía,
tan limpia aquélla y ésta tan segura.

Dadle un poco de luz a mi bajeza,
¡y así podré en mi amor y en mi alegría
loarte, oh Dios, con algo de pureza.

LAUDE XXVIII

SUENA tu eterna música en mi oído,
en la alta noche y en el alba nueva;
tu música, Dios mío, que me lleva
en hondo sueño al reino prometido.

Yo tan sólo la oigo, oh Dios herido,
y en ella, agua remota, se renueva
mi pobre alma que en silencio abreve
el trágico silencio en que he caído.

Por donde si de voces me privaste,
de músicas celestes me cubriste
y de más altos dones me colmaste.

Pues si la voz del mundo dióse al vuelo
para mí, tiene en tu alma mi alma triste
la voz dorada y única del cielo.

LAUDE XXIX

SIENTO, Señor, que un viento huracanado
llora en mi corazón. En tí me miro,
y al instante transfórmase en suspiro
el grito que me tiene atormentado.

Aire de angustia y de dolor cargado
por mí, Señor, con triste afán respiro;
y es que en mi soledad, flor y zafiro,
ronda el águila negra del pecado.

Ronda, Señor, y hace de mí su presa
sin que pueda librarme mano alguna;
y así mi inútil corazón se pierde.

Me ahogo en mi dolor y en mi bajeza.
¡Y en tí poso mis ojos, como en una
rama de oro entre el follaje verde!

LAUDE XXX

Sⁱ cantando, Señor, a tí me allego,
—¡oh verso mío de sayal de lino!—
no hago más que cumplir con mi destino
y lo que me entregaste aquí te entrego.

¡Fuera labrada joya cada ruego
que se alza como alondra en mi camino!
¡Pero, tú bien lo ves: rama de pino
por lo áspera, y olor de antiguo espliego!

Si tú me diste el puro don del canto,
réstame a mí el hacerte noche y día
motivo de él, mojado en dulce llanto.

Vaya y te lleve, pues, el alma mía
su amor, envuelto en el divino manto
de tu celeste y cálida astrosía.

LAUDE XXXI

¡AH, si no hubiera visto tu mirada
a través de las sombras de mi pena,
no tendría esta paz triste y serena
de la que mi alma encuéntrase embargada!

¡Ah si tu suave mano ensangrentada
no me trocase en alas mi cadena,
no tendría, Señor, esta azucena
de eterna luz en mi alma atribulada!

Una y cien veces tu vital consuelo
llegó a mi corazón hecho plegaria
dándome el puro don del alto vuelo.

Pero quebré, Señor, tan bella suerte;
¡y estoy en la llanura solitaria
del que perdió la aurora de la muerte!

LAUDE XXXII

MI corazón es este mustio ramo
de madreselvas pálidas. Un día
veré llegar, que para gloria mía
renazca en tí, y por ello sufro y clamo.

Sufro, Señor, y en mi sufrir me inflamo
hasta mirar que es tierra labrantía
mi páramo espectral, y en mi agonía
una vez más, Dios puro, a tu alma llamo.

Haz que una dulce sosegada lluvia
trueque a mi corazón de triste broza
en rosa, en heno en flor o espiga rubia.

Que es pena cruenta la de no llevarte
más que una pobre deleznable cosa
huérfana de tu luz para ofrendarte.

LAUDE XXXIII

FELIZ tú, verde grama, y tú, jilguero;
feliz, oh escarabajo reluciente;
agua, dichosa tú, rauda o yacente;
y tú, hierba del campo y del sendero.

Feliz tú, chozpador albo cordero,
y tú, buho enlutado, y tú, clemente
paloma; feliz tú, cálido y riente
gladiolo, y tú, humildísimo romero.

¡Ah, yo no puedo repetir lo mismo
para mi alma y mis anhelos vanos
que labran para mí cielo y abismo!

Vosotros, cual las dulces Siete Estrellas
puros salisteis de sus bellas manos,
y aún más puros volveréis a Ellas.

LAUDE XXXIV

EN esta clara soledad mi vida
su flor más pura y melodiosa ha dado.
Todo el cielo en mis versos he volcado
y saqué rosas de mi propia herida.

Jardín inmóvil, fronda amanecida,
alto viento y sutil perfume alado
dentro mi corazón han encontrado
cálida luna y tierra prometida.

Pero a pesar de todo, en lo más puro
y hondo de mi alma, un solo pensamiento
echa raíces fuertes y gloriosas.

Y es aquel que me da puerto seguro
en tus pálidas manos luminosas,
dueñas del mar, del cúmulo y del viento.

LAUDE XXXV

A CÉRCAME, Señor, a tu alto cielo,
dije una vez en verso saturnino;
hoy lo repito en medio del camino
con más hondo y doliente desconsuelo.

Se ha roto mi alma en su más alto vuelo;
tengo en mi boca agrio sabor marino.
Quise hacer una flor de mi destino,
mas todo sueño se quedó en anhelo.

Luché por encontrar la línea recta
que llevara a mi alma a la perfecta
vida, velada de un celeste velo.

¡Mas todo eso, sin tí, fué sueño vano!
¡Oh, mi Señor, sólo tu dulce mano
puede acercarme al suspirado cielo!

LAUDE XXXVI

LÍBRAME, oh Dios, de todo pensamiento
que no sea el de amarte noche y día;
líbrame de mi trágica falsía
y de todo engañoso encantamiento!

Se tú, Señor, mi luz y mi alimento;
mata en mí la satánica jauría
de mis pecados, y a mi alma guía
por los senderos cuádruples del viento.

Haz, Señor, que se execre mi presencia;
haz que me injurie hasta mi propio hermano;
castígame sin pauta y sin clemencia.

Todo, Señor, lo tengo merecido.
¡Pero déjame ahora que en tu mano
haga, Señor, mi venturoso nido!

LAUDE XXXVII

DIGO: "Laudato sii, mio Signore,
per suora nostra morte corporale".

¡Que tu mano, Dios mío, me señale
cómo ir a ella sin que me demore!

Que esta mi pobre ánima avizore
la luz en que contigo me regale.
El resto, ¡oh Dios inmenso!, ¿de qué vale
por más que un falso bien nos lo decore?

Castígame, cilíciame, tortúrame
y en tu infinita caridad madúrame
para lavar mi olvido y mi pecado.

Que el viento borre mis pasadas huellas,
y que mi corazón quede sembrado
de una celeste plenitud de estrellas.

LAUDE XXXVIII

SOLO bajo esta noche campesina
blanca de lirios y de luna llena,
te abro, Señor, mi vieja ánima en pena
en el ruego que a tu alma me avecina.

Yo anhelé ser la flor y no la espina;
no cicuta, mas sí blanda azucena;
no mar convulso, sino agua serena;
no halcón, y sí paloma o golondrina.

Yo anhelé ser una espectral laguna
reflejando en su inmóvil porcelana
una salida eterna de ancha luna.

Mas ví pasar la triste caravana
de tanto inútil sueño sin fortuna.
¡Señor: toda mi vida ha sido vana!

LAUDE XXXIX

POR cada bien, Señor, que me mandaste
una ofensa de mi alma recibiste;
y por cada perdón que me ofreciste
tras él, nuevas caídas comprobaste.

Y así vivo, Señor, viendo el contraste
de tu bondad eterna y de mi triste
alma, que si doncella me la diste
de muy distinta forma me la hallaste.

Déjame un día en mi brozal caído,
y cuando oigas de nuevo mi llamado
haz que tu lengua permanezca muda.

Niégame tu refugio inmerecido
para tornar a ver cuán desolado
vivo, Señor, sin tu celeste ayuda.

LAUDE XL

¡AYÚDAME, Señor, en mi flaqueza,
tú que has visto más hondas que la mía!
No me dejes, Señor, en la agonía
náufrago de mi horror y mi torpeza.

Trueca en altura toda mi bajeza
y mi clamor en clara melodía;
tú, que eres dueño de mudar el día
y todo lo que acaba y lo que empieza.

No me dejes, Señor, abandonado
cuando estoy más hundido en mi pecado
y más expuesto a la mortal caída.

Sálvame tú, que siempre me has salvado.
¡Mírame, oh Dios: estoy todo bañado
en lodo y sangre de mi propia herida!

LAUDE XLI

SÓLO tú sabes lo que sufro y llo
por no haberte, Dios Santo, merecido.
Sólo tú ves en donde estoy caído
esperando tu dulce mano de oro.

Sólo tú sabes todo lo que imploro
por verme ante tu amor enaltecido.
Sólo tú sabes cómo estoy de herido
aquí, donde yo mismo me devoro.

Sólo tú ves mi corazón llagado;
sólo tú enciendes mi ardoroso anhelo
de verme por tu luz purificado.

Sólo tú sabes mi nocturno duelo,
y este continuo grito desgarrado
que no oye nadie más que tú en el cielo.

LAUDE XLII

FULGOR de gloria entre mis sombras veo,
y es, mi Señor, el que tu Cruz me envía;
oigo tu voz, —¡oh clara melodía!
y una vez más en mi fervor te creo.

Tu Santo Nombre apenas balbuceo
y el alba se hace en mi melancolía;
llegas a mí como el más bello día,
y ebrio de tí, Señor, más te deseo.

Sándalo y mirra, incienso y oro eres
y dulces voces de infantil fragancia
que en mi alma te abres porque aún me quieres.

Y mientras más caído estoy, se asoma
tu amorosa, Señor, y honda constancia
hecha una suave y cándida paloma.

LAUDE XLIII

Sé que no te merece mi inconstancia;
sé que está condenada mi inocencia;
sé que yo mismo he roto la frecuencia
de tu divina y secular fragancia.

Sé que ha perdido su sabor de infancia
mi alma enlutada de concupiscencia;
pero imploro de nuevo tu clemencia
seguro de tu firme tolerancia.

Si te ofendí no fué por ofenderte,
sino porque en mi sangre agazapado
llevo el pecado que me da la muerte.

Mas tú, perdonador no perdonado
por tu enemigo, mudarás mi suerte
y haz de llevarme a tí transfigurado.

LAUDE XLIV

SEÑOR, dame un reposo, un gran reposo,
claro, profundo, arrobador, sereno;
Señor, un gran reposo dulce y bueno
florecedo de humilde y puro gozo.

Señor, dame tu seno venturoso,
tu piadoso, Señor, cálido seno,
en donde pueda yo, libre de cieno,
despertar de este sueño pavoroso.

¡Mira, Señor, el daño que me hicieron
las pobres almas ciegas que me amaron
y aquellas que jamás me comprendieron!

Señor, dame tu amor firme y piadoso.
¿No llegaron a él los que te hirieron?
¡Señor, dame un reposo, un gran reposo!

LAUDE XLV

SOLTÓ el halcón el pálido halconero,
soltó el halcón en la honda tarde pura;
dejó el ala febril, ancha y segura,
en el aire lustral claro reguero.

Siguió el halcón el celestial sendero,
—¡era la tierra apenas una oscura
mancha leve!—, la noche ya madura
floreció sobre el pálido halconero.

El cielo se volcaba en la llanura,
cielo de caudaloso y alto enero,
de grande gloria y plenitud segura.

Tiembla de dicha el pálido halconero.
Y es que hacia él torna el halcón. ¡Fulgura
en el pico entreabierto un gran lucero!

LAUDE XLVI

VOLVIÓ al redil la oveja descarriada
y halló al Pastor de su más bello día.
Como antaño, piadoso sonreía
con la celeste boca y la mirada.

Llegó la oveja toda ensangrentada;
zarzas de muerte entre el vellón traía;
laceria igual ninguno conocía,
nadie vió una agonía más cuitada.

Llegó al aprisco casi recelosa.
¡Oh triste noche de la huida aquella
que la llevó por huella tenebrosa!

Posó el Pastor su santa mano en ella.
¡Su llaga peor quedó trocada en rosa,
en nube su vellón, su alma en estrella!

LAUDE XLVII

CUÁNTO tiempo perdido en vana espera
sin ver, Señor, que estabas a mi lado,
ardiendo como un leño perfumado
de piedad, en las llamas de mi hoguera!

¡Cuánto tiempo en la trágica ribera
con mi triste navío destrozado,
sin ver el tuyo, todo empavesado,
dueño del aire y de la mar señera!

¡Cuánto tiempo en el negro laberinto
de este mi propio corazón, Dios Santo,
y de mi angustia y de mi fiero instinto!

¡Cuánto tiempo viviendo en triste muerte!
¡Cuánto hueco dolor e inútil llanto!
¡Y tú ahí, mi Señor, y yo sin verte!

LAUDE XLVIII

AUNQUE me abrevó en tu piadosa fuente
y vive en tí mi espíritu encendido,
más, oh Dios, que tu súbdito elegido
prefiero ser tu flaco penitente.

Sufrir por tí el oprobio y la candente
llaga, y la sed rampante, y ver el nido
roto, y en él el áspero silbido
oír de la fatídica serpiente.

¡Me llenaste las manos de dulzura
ya una vez, oh Señor! Deja que ahora
pruebe esta dulce y cálida amargura.

Esta amargura que de miel me embarga,
larga amargura purificadora,
tanto más dulce cuanto más amarga.

LAUDE XLIX

¡O^H cándido diamante perfumado,
blanca paloma, transparente lino,
en agua te me das y en dulce vino,
tú, que expiraste por la sed quemado!

Panal celeste, lirio ensangrentado,
nube, espiga, canción, espada y trino;
de alto perdón me alfombras el camino
y borras con tus besos mi pasado.

Yo soy el hijo aquel que perdió todo
lo que su padre con amor le diera.
Partí con flor y miel, y traigo lodo.

Señor, enciende para mí tu hoguera;
y haz que vuelva a nacer, del mismo modo
que haces llegar, Señor, la primavera.

LAUDE L

PALABRAS FILIALES A LA VIRGEN

¡O^H humilde y sosegada primavera
de quien nació la flor más bella y pura!
¡Oh recatada y tímida criatura,
madre de amor que al pecador espera!

Tú la rosa más blanca y la primera,
tú la leche y la miel y la ternura;
tú la más alta y limpia donosura,
la dócil nube y la encendida hoguera.

Tú el árbol que dió fruto luminoso
sin tener sus raíces en el suelo;
tú mi silencio, y tú mi sed de muerte.

Madre del Hijo que es mi eterno gozo:
¡ponme tus alas de plumón de cielo,
y hazme dormir para que pueda verte!

INDICE

	<u>Pág.</u>
I—Hoy que el mundo, Señor, tu cruz olvida	9
II—Pastor, único aprisco, albo cordero	11
III—Llego a tí, mi Señor, triste y dolido . . .	13
IV—Razón de amor es la que a ti me lleva . .	15
V—Entrate por las puertas de mi casa	17
VI—El mejor de mis sueños fué, Dios mío . .	19
VII—Señor, tú sabes el afán profundo	21
VIII—Celestes, puras, luminosas, buenas	23
IX—Paráfrasis del Salmo octavo	25
X—No el árbol seco ni el alud caído	27
XI—Voces de oro y lenguas de diamante	29

	<u>Pág.</u>
XII—Llorad, oh mares; sollozad, doncellas	31
XIII—Ader quisiera como un triste leño	33
XIV—Y alabaré, Dios mío, tu grandeza	35
XV—¡Oh claro gozo mío de mirarte	37
XVI—Me llamaste a tu lado, oh Dios benigno .	39
XVII—Unci mi amor a tu celeste yugo	41
XVIII—Qué no diera, Señor, por recibirte	43
XIX—Dulces tus ojos míranme y severos	45
XX—Señor, soy menos que estas flores puras . . .	47
XXI—Haz que yo torne en azulado loto	49
XXII—Tiorbas, adufes, címbalos, timbales	51
XXIII—Quién estas flores de los montes cuida	53
XXIV—Ningún dolor como este tan horrendo	55
XXV—Nieve, rosa, vellón, cálida pluma	57
XXVI—Montes hay cuyas piedras son diamantes . .	59
XXVII—Cielo azul, alta estrella, agua dorada	61
XXVIII—Suena tu eterna música en mi oído	63
XXIX—Siento, Señor, que un viento huracanado . .	65
XXX—Si cantando, Señor, a ti me allego	67
XXXI—Ah, si no hubiera visto tu mirada	69
XXXII—Mi corazón es este mustio ramo	71
XXXIII—Feliz tú, verde grama, y tú, jilguero	73
XXXIV—En esta clara soledad mi vida	75
XXXV—Acércame, Señor, a tu alto cielo	77
XXXVI—Líbrame, oh Dios, de todo pensamiento . .	79
XXXVII—Digo: "Laudato sii, mio Signore"	81
XXXVIII—Solo bajo esta noche campesina	83

	<u>Pág.</u>
XXXIX—Por cada bien, Señor, que me mandaste ...	85
XL—Ayúdame, Señor, en mi flaqueza	87
XLI—Sólo tú sabes lo que sufro y lloro	89
XLII—Fulgor de gloria entre mi sombra veo	91
XLIII—Sé que no te merece mi inconstancia	93
XLIV—Señor, dame un reposo, un gran reposo ...	95
XLV—Soltó el halcón el pálido halconero	97
XLVI—Volvió al redil la oveja descarriada	99
XLVII—Cuánto tiempo perdido en vana espera	101
XLVIII—Aunque me abrevó en tu piadosa fuente ..	103
XLIX—Oh cándido diamante perfumado	105
L—Palabras filiales a la Virgen	107

*Este libro, escrito por Alfredo
R. Bufano en el Valle de San
Rafael, lo imprimió Mercata-
li Hnos., Acoyte 271, Bue-
nos Aires, en el mes de
Setiembre del Año San-
to. El bajorelieve de la
carátula, es del es-
cultor Pedro Tenti.*

Comprado el
1º Agosto de
1945.





12/59
A. M. D. G.